

LETRAS

PAUL CLAUDEL Y EL NUEVO
ESPIRITU DE FRANCIA

En la época en que en Francia se había impuesto la personalidad de Louis le Cardonnel, símbolo del nuevo espíritu de ese país, surgen tres nombres: Paul Claudel, Francis Jammes y Charles Peguy. Son tres figuras que salen del anonimato, tres figuras que descuellan, que se agigantan y adelantan al maestro.

De ellas, cada cual brilla con luz propia. Pero lo curioso es que la de Paul Claudel haya logrado imponerse, con su estilo simbólico, sus términos vulgares y su misticismo. Que no se acomoda a todos y en todo momento, sino a un cierto público y en determinadas épocas.

Por todos es conocida su conversión, no fría y razonada como la de Bourget, sino fulmínea como aquel rayo que hirió las pupilas de San Pablo. Y desde San Pablo a nosotros el hecho se repite, en Pascal, en Claudel, y en mil ignorados que no tienen la gracia sencilla de Claudel para relatarlo en los términos que transcribimos: "Estaba de pie, junto al segundo pilar, a la entrada del coro... En un instante mi corazón se sintió sacudido y creí. Creí, con tal fuerza de adhesión, tal exaltación de todo mi ser, tal potencia de convicción, tal certeza exclusiva de toda duda, que, desde entonces, los libros, los argumentos, los incidentes de una vida agitada, no lograron conmover mi fe, ni siquiera tocarla". Palabras magníficas por sentidas; palabras vulgares, que tienen el encanto de la riqueza de su significado.

El escribe para todos, repudia lo aristocrático en la literatura.

Su obra, *l'Art Poétique*, *La Co-naissan-*

ce au monde et à soi-même, *Le Développement de l'Eglise*, está imbuída de ideas nuevas, a fuer de olvidadas.

Para él, el arte es el conocimiento del mundo y de sí mismo; pero para conocer esas creaturas, es necesario verlas dependientes de un único Ser Increado.

Luego, separar una creatura, analizar aislado un sentimiento, de su Creador, es atentar contra la poesía. Según dijera en acertada opinión, Mons. Gustavo J. Franceschi: "Hay que ir a la verdad con toda el alma, dijo Platón, hay que ir a Dios con toda la vida, añade Claudel". En Platón, el sentimiento puro del paganismo, y en Claudel, el pensamiento cumbre de nuestra religión.

En la poesía, Claudel es rebelde a la métrica y sólo se adapta a ella cuando así le conviene, como en "*Le sombre Mai*", donde el ritmo le sirve para acentuar la melancolía de su poema.

En cuanto al teatro, no más naturalismo, ni el realismo del Teatro Libre de Antoine, es el simbolismo el que se impone, pese a su escasa claridad. "*Tête d'Or*", es una tragedia del orgullo humano; pasamos por "*l'Echange*", tragedia pasional; llegamos con "*la Jeune Fille Violaine*", a elevarnos a la idea del sacrificio. Una obra, "*Partage de Midi*", aún presenta, muy bien llevadas psicológicamente la pasión y el sentimiento humanos.

Finalmente, en "*L'Otage*" y en "*L'Annonce faite à Marie*", hace revivir en pleno siglo XX la fé de sus antepasados, esa fe en que el alma no escapa a su cárcel mortal, mezclando encantadora,

mente lo profano y lo divino, ameniza y eleva, divierte y hace pensar.

Por ello, resulta raro que su teatro agrade, pero su misticismo no cansa porque es puro.

Tal, sintéticamente, el valor de la obra de quien ha triunfado sin forzar su personalidad, ha enaltecido la religión y la moral, que en épocas anteriores, sabemos bien en qué manos había caído: Emile Zola y Anatole France.

No es Claudel sólo, sino Bourget, Brunetière, Vogüé, Charles Guérin, y si de él sólo hablé, fué porque sus ideas frescas tenían el valor de lo inédito y la atracción de lo simple. Y porque Paul Claudel, diplomático ante el mundo, es embajador del Espíritu y la Literatura francesa ante la Cultura Universal.

M. EDELMIRA ARENILLAS
(Sección Pedagogía)

Un diario de mujer

Por los años del 1900 vivía en París, en un departamento de la rue d'Arenson, una mujer singular.

Madame Elizabeth Leseur, elegante, llena de distinción, modelo de dueñas de casa en su gracia y simpatía, reunía en torno suyo un verdadero salón intelectual, antigua y hermosa costumbre en la sociedad francesa.

Los amigos de Félix Leseur, su esposo, —médico y periodista él mismo—, profesionales, escritores, artistas, estudiantes, encontraban allí un ambiente cordial, sereno; un interés verdadero por todo lo que significase actividad espiritual; un criterio amplio; una conversación en la que no se permitían pequeñeces ni malignidades.

La cultura de Madame Leseur era tal vez un poco desordenada, como toda formación autodidáctica, puesto que los tiempos no facilitaban a la mujer el acceso a ciertos estudios superiores. Sin embargo, se la puede considerar aún hoy, una cultura vasta y original; hablaba y escribía corrientemente en inglés, italiano y ruso, había aprendido sola el latín y la apasionaba el estudio de la filosofía. Conocedora inteligente de toda manifestación artística, había recorrido Grecia, España,

Italia y Rusia, y asimismo, diversos países de Oriente y la región septentrional de Africa.

“Poseía — escribe su propio esposo — una conversación vivaz, interesante y ágil, pero cuidaba de mostrarse sencilla, sin hacer jamás alarde de superioridad intelectual. Naturalmente alegre, la alegría era para ella una virtud importantísima.”

Pero, a pesar de las apariencias, la vida brillante de Mme. Leseur fué en realidad, una existencia de heroico y continuado sacrificio, tal como sólo su alma de verdadero temple cristiano pudiera haber sobrellevado.

Su vida fué una larga enfermedad, con paréntesis de salud relativa que le permitieron realizar sus viajes, pero es innegable que el dolor físico fué el compañero de todas sus horas.

Años enteros presidió su salón desde la butaca en que estaba postrada; y siempre la misma sonrisa, la misma palabra amable, hasta el punto de que —como refiere su marido — los amigos se decían: “Vamos a ver a Elizabeth, vamos a tomar nuestro baño de serenidad”.

Pero por grandes que fuesen esos sufrimientos, nunca igualaron a los lace-